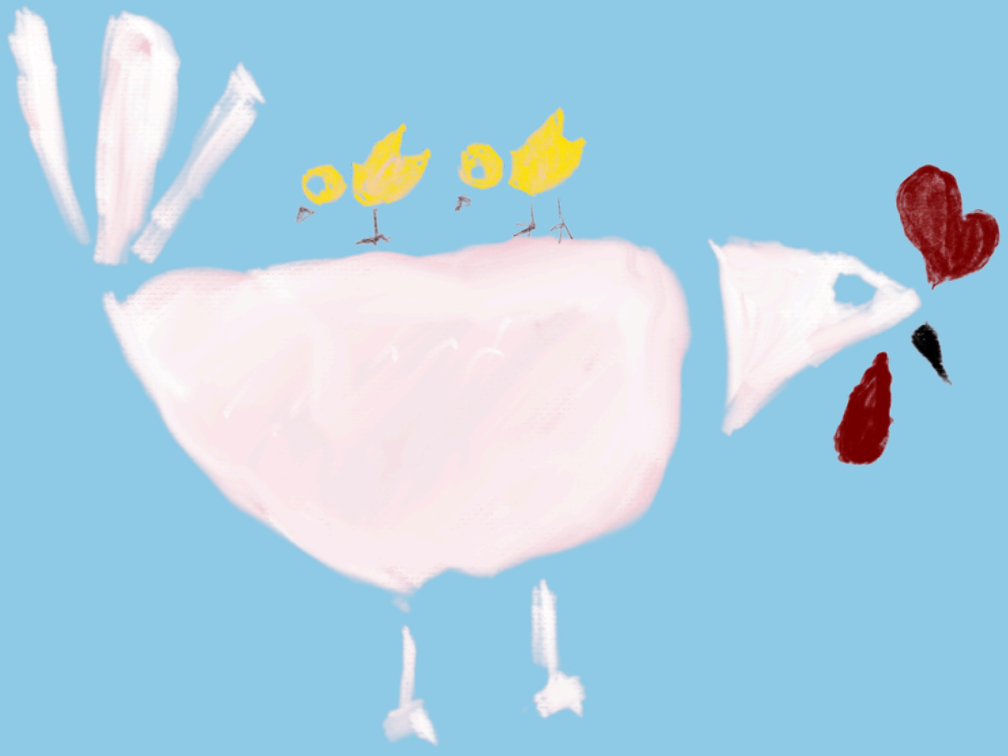
moñona

Número 7

MAR 2026



Palurda
Palestra

Portada e ilustraciones

Alejandro Bastidas-Morales

Equipo Editorial

Juan Pablo Vergara-Marín

Alejandro Bastidas

Gabriel Borja

Escritores

Eddy Araque

Alberto Vélez

Luis Gerardo Gutiérrez

Alejandro Bastidas

Juan Pablo Vergara-Marín

Editorial Palurda Palestra
Moñona número 7
Derechos sin proteger
No hay plata para el **ISBN**
Edición Alejandro Bastidas-Morales y Juan Pablo Vergara-Marín
Diagramación Sofia Portela Gonzalez
Publicado Marzo 2026

Contenido

Nota editorial | **Equipo Editorial** 4

Onirofagia | Eddy **Araque** 7

Negatividades | Alberto **Vélez** 12

Poca salsa porno me hace mover así | Alejandro **Bastidas-Morales** & Juan G. **Gutiérrez** 17

Secuestraron a la clave | Juan Pablo **Vergara-Marín** 22

Nota editorial

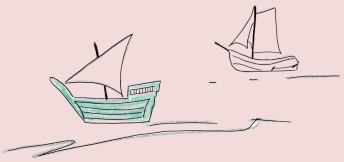
■■■

El 29 de marzo el Estado español cambió su horario, adelantó la hora para entrenar a sus vecinos para el verano. Los locales gozan con la ilusión de contar con una hora más de sol, se alegran y casi que se desprenden de varias costras que el horario de invierno les había causado en la piel. Cambia el ánimo como lo hacen las manecillas del reloj. El 29 de marzo no hubo dos de la mañana, esos sesenta minutos se los encaletaron entre algún portafolio, o lo dejaron escapar de donde tienen el resto de horas. La diferencia horaria entre UTC+1 y UTC-5 incrementó por una hora, es decir, que Bogotá, Lima, y Quito pasaron a estar a siete horas de distancia de Madrid, que mientras se desayuna un sábado en Altsasu, en Cucunubá apenas están repartiendo el cuarto trago de aguardiente. Siete horas, siete moñonas, siete días de la semana santa. Se ganaron la lotería en la tragaperras, el número de la suerte separa mucho la intención de su consecuencia, la estira hasta que esa membrana, esa delgada fila de materia, alcance a dejar pasar algunos fotones. Hoy esas horas nos dejan ver muchas cosas, pero nos interesan aquellas que ese número mágico oculta: ¿qué se puede hacer con esos sesenta minutos? ¿quién los guarda? Les traemos por séptima ocasión estos minutos que alcanzamos a recuperar para que los tomen como una victoria en la guerra contra el tiempo.

Siete moñonas, siete horas de diferencia horaria, siete días de la semana y más de siete relatos nos han permitido

ser su casa temporal. El puerto de embarque, donde nos han venido a visitar diferentes manos escritoras, tiene en esta oportunidad 4 miradas ancladas desde diferentes lentes. Todos ya amigos de esta casa, dejan tambalearse entre sueños de abundancia omnívora; un embudo de pensamientos fragmentarios y tensionantes; una escena altamente bogotana de coquetería salsera; y un ejemplo de registro fragmentario de la belleza ficcional del absurdo. Todo escrito es reflejo de una experiencia biográfica y toda lectura también. Nuestra invitación hoy es sumergirse en un universo fragmentario, procaz, sublime. La invitación hoy, de la séptima moñona, es desbordar la vida, desmaterializar los instantes y reconocer que no importan siete horas, siete días, siete números editoriales… la invitación es eternizar los instantes de los relatos.

-Equipo Editorial



Onirofagia

Eddy **Araque**

■■■

Soñé que vivía en otra casa, esa casa, su casa. Era de mañana y estaba haciendo el desayuno, rompí un par de huevos contra su mesón. Los batía con un globo en el tazón hondo que solo usa para batir los huevos y las burbujas de la sopa amarilla se volvían esponjosas en el borde del sartén. Los metía dentro de dos tajadas de pan recién sacado del paquete y bebía en su taza sorbos grandes de café para pasar los mordiscos. Tenía la sensación de estarme comiendo la lengua, de querer hacerme una pinza en la nariz para no saborear lo que estaba metiéndome a la boca, bebía y bebía café. Cuando abrí los ojos supe que estaba lejos de aquella casa, en mi casa, y los volví a cerrar imaginándome pesada para engañar al cuerpo en esa transición, no me quería ir sin saber si es que estaba desayunando sola porque era la última en levantarme y el otro habitante de la casa estaba paseando al perro o lo había pensado con tanta fuerza que terminé metida en sus ojos y en su casa.

Con mi ventriloquismo habría pedido para ese desayuno huevos de gallina feliz, o sea, huevos de gallina drogada, con diez centímetros de paja a su disposición y más plata para empaque y marketing, de tal forma que el empaque de los huevos fuera una caja cerrada con formas para cada huevo. O, con el presupuesto de producción suficiente, de las otras gallinas más felices, a quienes desde huevo las acondicionaron para ser del tamaño que no cuenta como

hacinadas y poner huevos en la esquina del corral que llaman nido. Eso mismo es soñar, tener un huevo y ponerlo donde Dios diga; pero seguiría haciendo reclamos por un desayuno tan sencillo con esa arquitectura de productos a mi disposición. Yogurt griego con granola y almendras y jugo de naranja para completar la sopa, leche cremada para el café, mantequilla para tostar bien los panes, fruta picada en diferentes tamaños para convertirla en una ensalada de frutas de local, cruasanes rellenos de crema pastelera y chocolate, por qué no, ya entrada, un caldo con grumos espesos de grasa de costilla para por fin acompañar propiamente al dueño del perro.

¿Cuándo fue la última vez que comí pollo? En sueños, hace unos días. Es difícil ubicar la fecha en la vida real, cinco, seis años, menos, más, el tiempo es una pechuga seca y desmenuzada, mejor dicho un nugget de carne licuada amasada por un apretón de las manos, remojada en sopa de huevo crudo y leche, después porosa con pedacitos tostados de pan. Era pollo a la broaster, el cuero crocante bañado en miel de abejas revuelta con melao y mostaza y salsa de tomate de paquete. También comía papas fritas y blanditas haciendo bocados de muchas como si fueran espaguetis. Cerraba los ojos cuando me lo acercaba a la boca, no podía despegar los párpados, babeaba cercana al ritual de los besos, pero no podía ver a mi vencido porque apenas lo intentaba ya estaba masticando y adquiría la distancia angular de los

platos servidos en una mesa para gente que se sienta en sus sillas.

La veterinaria de mi familia dice que los pollos son los que menos sufren para morirse, de criadero, claro, en masa. Cuando los matan separados es más estrepitoso y de pronto ritual, se ven colores, sangre, morados, alas brinconas, un cuello buscando a donde mirar. Ella nos atiende a todos, podría anestesiarnos y sacarnos las cordales con agujas de bordar, nos receta antibióticos por peso, o sea 0.00005 para cada uno, porque son pensados para bovinos. Para dormir entonces cuento pollos, miles de pollos muriendo como nacieron: juntos y amontonados, solo que en vez de estar prensados al piso están colgados de un alambre o de cualquier conductor que los duerme con corriente —así me contó ella— y los bajan en cadenas colgados como la ropa hacia un charco de agua con cinco centímetros de alto, con optimismo de que la cabeza de un pollo de un mes mida al menos cuatro centímetros. La cosa es que los hunden mientras los electrocutan —así me contó ella— y no alcanzan, o no tienen el espacio, de sufrir lo suficiente. Me late la duda de cómo puede sentirse magra (o blandita) esa carne si al momento de morir los músculos se quedan en ese espacio del miedo, es más, del susto, que también es rabia, podría reventárseles la hiel y envenenar cada pedacito de pollo, quién sabe si algún comprador y consumidor de pollo no se habrá muerto con todo el tiempo del mundo para mirar su fin.

Menos mal soñar es gratis y omnívoro, me como cualquier cosa, pero no tengo que trabajar la plata del mercado ni del gas ni de la luz ni del agua ni de la cocina para lograr una comida decente y, por supuesto, vegana; sino que aparece frente a mí con otros dientes otra cara otras manos la carne a la plancha partida en cubitos que untaba en el arroz de palitos cuando llegaba del colegio y todo era magia, como en un sueño, bastaba con lavarme las manos y sentarme a la mesa. Primero soñé el huevo y después a la gallina, ambos ya despedazados, sin ojos y con fuego de por medio. Ya con dos golpes encima, fantaseo con el tercero a ver si me cae algo nostálgico como una arepita con cuajada de onces o para la cena, pero es tan incontrolable, de pronto me llevan a comer pulpo vivo con pulpo vivo y pulpo vivo, o sea, sannakji en algún restaurante coreano y lo más probable es que de tanto manosear el tema de soñarme en la escena la comida no vuelva a aparecer más. Últimamente me persiguen mucho formas imaginarias, ha de ser algún lobo, tigre, hiena, puma, coyote acechándome, soy un cordero pulsante en el apetito de las criaturas, una humana llena de jugo de mora arrojada a la sed de todos los mamíferos que sueñan.

Negatividades

Alberto **Vélez**

■■■

Ojalá arrancarme la segunda mitad, la tan despreciable:
Tirarla al piso y aplastarla como una colilla, quizá incluso sin odio,
Sino un ejercicio higiénico, saludable. Empujarla por la ventana:
Que salga literalmente volando por el cielo como una avioneta de cartulina:
Y que se precipite triste como una hoja triste:
Tirar esa segunda mitad tan triste, tan lamentable:
Esa que quiere que yo me muera de una: quiere, en efecto,
Estrellarme la camioneta: tropezarme la navegación sórdida:
Esa mitad podrida, la parte podrida, el lado oscuro (dirían algunos):
La ignominia misma, la cosa moribunda: la segunda mitad, esa mierda:
Que me muera de una: triturarme de pies a cabeza la existencia: arruinarme la vida:
Desistirme súbitamente en un punto aleatorio del plano cartesiano:
Arrancarme el bigote de un solo jalón innoble: enterrarme la espátula en el cuello:
Soltarme la mano tras pelar la muela traicionado eternamente: abandonarme
Cual Jabón Rey bien Azul en el patio Azul
De una casa Azul de Cundinamarca:
Incluso:

Ahogarme en una piscina y ser una lancha de madera en la que
Tres hombres llevan a veces turistas a las islas más lejanas donde nadie va nunca:
Cuarenta mil gringos: cuarenta mil alemanes: cuarenta mil italianas:
O incluso ser una vez más otro parlante que se cae y rueda
Como llanta verticalmente en el parque Vertical:
Finalizarme en un punto absoluto en el libro más carcomido de la escuadra:
En un punto absoluto en ese libro que tiré una vez
Por la ventana: mis amigos son mis cabellos: mis amigos son mis uñas:
Mis amigos son las arenas que lleva el viento intercontinental: mi vehículo
Estacionado: mi pala clavada en la arena: mi tumba eventual, mis visitadores con sus
También tumbas eventuales encima de la tumba:
La bomba termonuclear: el genocidio absoluto: el punto tras el punto:
El banquete que se devora su gula interminable:
Nada avariciosa:
Nada exterminadora:
Es esa la sangre desparramada por doquier:
La primera castración pública: ese es el martirio: es la Nada Pública:
Es la Nada Pública: es el zapato misterioso de la ciénaga:

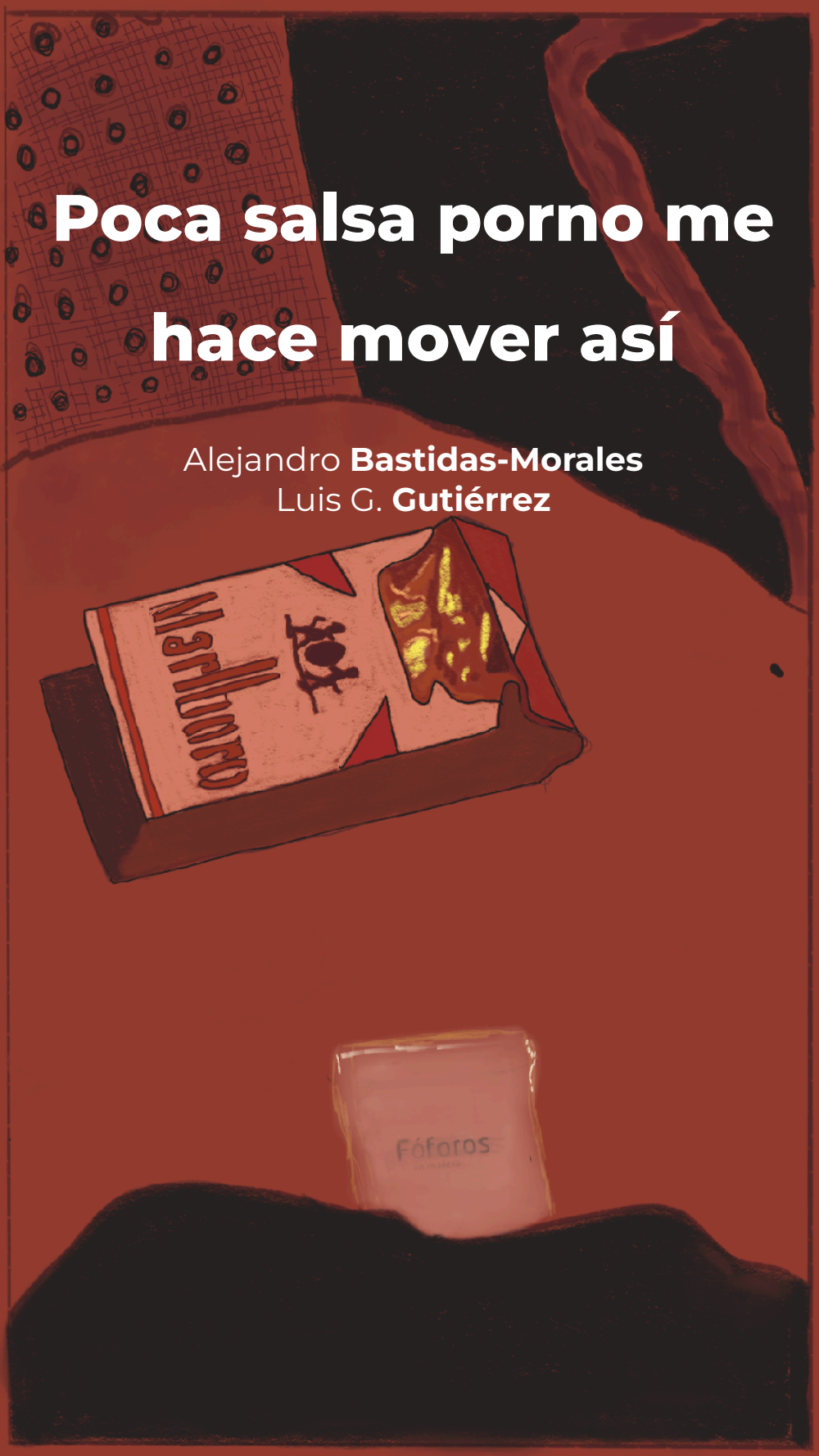
Es la hoja que rompes: la desafinación súbita: la orquesta echada a perder:
En mi cementerio no entra nadie: tiré todos los platos al suelo en un súbito
Ataque de melancolía insoportable:
Luego te mueres: estás muerto: no existes: estás muerto:
Caminas el cielo y corres y buscas
El azul de La Televisora, el amarillo del sarro de tus dientes:
Amaste con fuerza y luego te mueres: estás muerto: no existes: estás muerto:
Tu silueta se desparrama en el infinito
Como un vaso de gaseosa que tumba la mano torpe en pleno almuerzo:
De fondo el ave: de fondo la moto chueca: de fondo siguen fumando:
Están tocando la puerta insistentemente: se subita el todo:
Se inclementa la nadería: se esfuera la antición:
Se enmigra en toda la lengua: se antecúa: se empirinea la cosa en sí:
Se tuerce y se recoveca la cosa: se empina y se yergue:
El sufrimiento se antefiniza, se onomatopeya, se arrepiente en un remolino
De emociones bíblicas: se alevianiza en su parte ascua; y, sin embargo,
¿Antecedería la pemición? ¿O es que acaso apalancaría la
Firme intención de
escucharelsonidodelospasosdelagentealpasar?

Y picorrando entrecortada la encandinamitada suntuosa anagramada
Alendrinado en lameridos escurridos de topentes ascarados
Pudiendo no haber sido parte, pudiendo haber quedado fuera:
Arreminada aunque en coso por mirra y así y asá
Pinpanpún va la estufa que binbán el sufrir sufriendo

De la gente, la pobre gente, la pobre gente, la pobre gente, la pobre gente:
Estás muerto: no existes:
Estás muerto: has cesado
Y la gente la pobre gente
la pobre gente la pobre gente
Te mira desde su orilla miserable:
El cúmulo interminable de pobres gentes
Te mira desde su orilla su propia orilla.

Poca salsa porno me hace mover así

Alejandro **Bastidas-Morales**
Luis G. **Gutiérrez**



■■■

“Mientras siga viendo tu cara en la cara de la luna, mientras siga escuchando tu voz”, exhalaba el portón abierto que era su garganta mientras se iba el último de los compañeros del Liceo Francés que había estudiado con ella. Solo quedaban dos en la sala. La música, apenada, se pegaba en las esquinas del apartamento para escurrir poco a poco. Todo un reguero de ceniza, anillas de lata, y circunferencias líquidas en la mesa de centro. El tapete machucado entre la mesa y el sofá no dejaba que se explayaran, que se rindieran en el piso a pelear contra la gravedad. La ropa no se hallaba, sus pies se sentían demasiado desnudos y con ganas de apoyarse contra algo, estiraban sus dedos como gatos, podían quedarse a dormir ahí, entre el cielo y la tierra. Agnes Francisca Dubois tenía los ojos drenados por el guayabo que iba hinchándose detrás de sus párpados. Decidió que ya era hora, que tenía que decir lo que callan los anfitriones —Juanito, bebé, mira, gordo, ya está por salir el sol ¿no? ¿Te ayudo a pedir un uber o le digo Jimenez que te ayude a llamar un taxi? Jimenez es muy querido.

Juan Gonzalez se acomoda, se apoya sobre sus rodillas y se alza de brazos. Bosteza, acomoda la lengua y se moja los labios. Coge el celular, y la canción cesa abruptamente. Decide que es buena idea señalar a Francisca la primera copa que ve sobre la mesa de centro, guiña un ojo, arruga la trompa, y ordena entre dientes “otro, otro”. Pretende que nada está pasando en la aplicación de transporte, se levanta y toma la

caja de cartón con minimos cunchos de aguardiente amarillo. Juan demuestra lo que le enseñó su papá, ingeniero 'bien formado' que siempre hablaba de motobombas: donde haya humedad, mijo, se puede drenar algo. Juan llena la copa plástica mordida y rota en los bordes. Recuerda la canción de salsa que ponían sus padres cuando se encerraban los domingos en la habitación grande de su casa de infancia. Allá, antes de la decisión de su madre de irse a Francia con el profesor de física, que bien sea dicho a Francisca le parecía que tenía ojos lindos. El pensamiento llegó y decidió hurgar en su herida. Pretendió que podía jugar a esconder su propio dolor y sincronizó el bluetooth de su Iphone 16E, recién comprado a 16 cuotas, con el *Bose* de la sala de estar.

Juan botó dos pasos para ver si Francisca se los recibía, pero cayeron al suelo. La música se adhirió a las maracas invisibles que tocaba. Juan movía los labios y dejaba que la melodía cantara por él: "como tu amante o tu amigo, siempre quiero estar contigo, siempre seguiré adelante, como tu amigo o tu amante, como tu amante o tu amigo". Agnes cantaba en su cabeza todas las variaciones armónicas de la palabra ´patético´. Juan le extendió la mano para invitarla a bailar, pero bastó un gesto para que se recogiera y se meciera solo. "Como tu amante o tu amigo". Le daba vergüenza abrir los ojos o parar de mecerse como un animal herido, Agnes lo veía con desespero y con molestia. Si pudiera arrojarlo por la ventana. Si pudiera hacerlo llorar de alguna manera. Si pudiera lastimarlo, ahí, en ese momento. Si pudiera llenarse

de valor para lastimarlo. El rato se extendió y el cielo se llenó de un azul pálido, como de esos días que parecieran empezar adelantados, sin colores del alba, de lleno a la penumbra lluviosa y arrugada. Juan cantó y bailó la canción entera, sin un atisbo de arrepentimiento, con una sonrisa atrevida, retando la paciencia de su amiga. Una vez terminada la fantochería, se sentó al lado de Agnes y le dijo sobrecogido, baboso y sudando: —Poca salsa porno me mueve así—

Agnes se levantó sobresaltada y se encargó de mostrarle a Juan el camino a seguir. Juan no sabía a cuál vértice de la escena colgarse para reclamar la cercanía promiscua, repentina, fugaz que algunos llaman 'darse' y que para él era un designio de su señor en la cruz. No terminaba de comprender la ansiedad desmesurada que le generaba el arrastrar sus labios sobre los labios brillantes de Agnes. Decidió que sería inapropiado reclamar lo que sacudía y obligaba a mover lento los pies sobre el tapete ya bastante arrugado de la sala de estar. En la vida se cuelan ocasiones donde es necesario dejar que sea el azar, o quizás la vida misma, la que se encargue de elegir. Se despidieron primero de palabra y luego con un impulso sin ánimo de malgastar la ocasión, Agnes Francisca Dubois se lanzó para despedirse de labios, un adiós súbito y musical, una percusión centelleante, un brillo apagado, instantáneo.

La puerta siguió abierta pero ahí acabó todo. Juan se montó al ascensor, se miró al espejo y se relamió. Sacó el

celular, sus audífonos, y salió victorioso a la portería. Jiménez lo saludó como para despacharlo, el citófono timbró y el bigotón uniformado abrió la puerta y se dirigió al ascensor. En la calle Juan le cantaba a la ciudad que a pesar de la hora ya iba a media marcha.

Secuestraron a la clave

Juan Pablo **Vergara-Marín**

■■■

323 – Torre de la Canción

"De todos los pecados escogieron los más patéticos"

Adriana Lucía Montoya Caribe

En el piso trescientos veintitrés de la Torre de la Canción hacia la fila de siempre Stephen Chiswell. Se negaba a contar las baldosas del suelo, se entretenía con la pelusa de sus bolsillos vacíos y apenas se encontraba en el mostrador, sin saludar a nadie reclamaba su tema del día y bajaba por las escaleras de caracol. Iba sin afán. Era ya otro trabajo más que se iba por el drenaje. No entendía por qué los muchachos de aquel colegio benedictino eran tan molestos, si supuestamente las enseñanzas de la orden católica formaban hombrecillos respetuosos que no abusaban de las cualidades inflamables del desodorante en aerosol. Apenas se le terminó el contrato lo fue a visitar el Padre Gonzalo, coordinador de convivencia: un cura que pese a sus votos se teñía el pelo semanalmente, se encontraba en el confesionario con sus novias y dicen los del monasterio que tenía una familia en Tame, Arauca. Gonzalo le comunicó la decisión del Consejo Superior por no renovarle su plaza como docente, que tendría que buscar otro colegio para Isaac. Pero bien sabía Stephen 'Quesobueno' que la decisión no era voluntad ni del rector ni de la junta, más bien era de algunos mequetrefes de baja estatura que juran que el mundo entero les debe algo: encabezándolos a todos ellos se encontraba Diego Arenas, se

había estirado en el segundo año de bachillerato, tenía la dentadura chueca y la voz rasposa, esa voz de pequeño con la cachucha al revés y de cristal roto, como de ademán solapado. Diego era heredero de una tradición ganadera, aguardientera, despilfarradora, misógina, y honrada. Su familia sacaba pecho por entregar alguno que otro regalo para la institución benedictina. Precisamente el día de su despido -o bueno, técnicamente su 'no renovación contractual'- Stephen tuvo que hacerse paso por el acto de inauguración de la nueva biblioteca Alejandro Arenas Villanueva. – 'Qué mal gusto el de esta gente' refunfuñaba Quesobueno. Intentó de todo: hablar con sus estudiantes en la hora del almuerzo, perdonar a un par de la reprobación inminente, patear algún balón en los recreos, o abrir un curso de teatro y de marionetas. Sus estudiantes, a cambio, le pagaron con la moneda del desinterés y pactaron -inspirados en los discursillos de Diego en los pasillos- sacar a 'Quesobueno' del colegio. La fila en la Torre de la Canción se extendía más de lo usual, la posibilidad de almorzar con Isaac se disolvía. – 'Hola papá' dijo Isaac en un acento porteño. 'Hijo, ¿ya descongelaste las pechugas?' – 'Hace media hora cuando dijiste' – '*Christ*, nada, ¿falta algo? ¿llevo algo? ¿querés que lleve algo?'. Stephen le hablaba al dial del teléfono.

En junio del año pasado todo prometía mejor: una vida nueva, un trabajo nuevo, una oportunidad para que Isaac no extrañara tanto a su madre. Era egoísta y en alguna diminuta escala era un acto malvado, pero Chiswell lo vendió con tanto entusiasmo que convenció al niño de unírsele. Llegaron a un

apartamento en Nicolás de Federman: la puerta de la entrada no alcanzaba a caber en su marco, las ventanas debían ser abiertas con alguna maña, la ducha eléctrica no tenía un buen chorro, el moho en las habitaciones se combinaba con el dormitante gas de cocina para colorear la alfombra gris, y las madrugadas entraban con el murmullo del trancón en la glorieta de la 53 con 50. A los Chiswell los recogía el autobús del colegio entre las 4:52 y las 5:00 en la mañana, don Carlos sintonizaba 'la W' en altavoz para que todos los estudiantes escucharan las opiniones de Alberto Casas sobre la música contemporánea, algo siempre por las líneas de "ese sonsonete les gusta a unos pero prefiero algo más del interior" como si se pudiera llegar más tierradentro en Bogotá. Tras unos años en Córdoba, fue siempre un gallo logístico en la mente de los Chiswell acostumbrarse a los ritmos del altiplano. *Para el que madruga siempre hay alguien que no duerme*. Stephen procuraba que Isaac se sentara lejos suyo en el autobús para que interactuara con sus nuevos compañeros. El primer día Stephen se enteró que si quería escuchar algo en sus audífonos debía acudir a la Torre de la Canción, debía hacer las diligencias burocráticas necesarias para pedir una canción por día, sin este trámite era imposible escuchar algo sin intromisión de las estaciones radiales. 'La W' solo discutía tangencialmente la música, ponía el inicio de algunos temas para luego interrumpir con algún asedio cultural promovido por Alberto Casas. La primera semana los Chiswell escucharon a la ciudad, a los frenos de los automóviles, a sus bocinas, a sus motores, a los martillos hidráulicos, a los

trasnochados perros, a los vidrios romperse, y a los aviones que volaban muy cerca del suelo.

El trayecto de una hora hacia el colegio no era rapsodia de nada, era un esfuerzo ingrato de atravesar las calles que todo el mundo tiene que atravesar desde antes que se levante el sol. Los edificios del colegio sobresalían en una llanura extensa, vigilada por los cerros y conquistada por garzas, por las nubes cansadas. En los descansos, Isaac se juntaba con sus amigos bajo las gradas de la cancha de futbol para compartir las adquisiciones musicales de sus padres: Thelonious Monk, Buenavista Social Club, Patti Smith, la Sonora Matancera, y bueno, cuanto catálogo de rolo burgués hubiera. En Argentina no había tal cosa, Isaac iba con sus amigos a conocer algunas bandas de garaje en otros garajes, tarareaba la letra que no conocía, y regresaba a casa antes de la medianoche. Era absurdo lo de la Torre de la Canción, un monumento al trámite, a la fotocopia ampliada y al paisaje burocrático. A Stephen lo relajaba la fila, conversaba con otros desgraciados que iban diariamente a ver con qué canciones se podían hacer. Isaac no se atrevía a compartir con su padre los temas que en verdad quería escuchar.

77 - Patagonización

Ya que nadie usaba ese baño Isaac lo convirtió en la habitación permanente de sus pájaros: pequeños gorriones, pericos, y copetones voleteando y cagando por fuera del retrete. Por lo menos dos veces los sacaba a pasear en sus jaulas y los soltaba en el parque del vecindario. La cena de

navidad le correspondía este año y tendría que recoger a su padre. Era la excusa perfecta para verlo y sentir que su vida tendría un después seguro sin él. Chiswell había construido años atrás una cabaña en el monte, era la edificación de la adolescencia anciana, caprichos de canas. Catorce robles y veintidós abedules necesitó para armar la guarida. Talló con mano propia dos camas, ocho sillas, siete repisas, un comedor redondo y múltiples figuritas que enterraba en el bosque esperando a que algún arqueólogo iluso las encontrara en un futuro. Iba cada martes a por leña y cargaba un cesto de mimbre amarrado al pantalón para recolectar frutillas, bayas y cuánta curiosidad se pudiera encontrar en el camino. Bajaba al pueblo todos los viernes para abastecerse de un mercado decente, algún lácteo para el camino, y bastantes alfajores Macarena. En sus bajadas recorría las calles de Pontevedra con un andar peregrino y convencido, se miraba en el reflejo de los cristales en la calle principal: la barba de leñador, la sonrisa convencida de que estaba viviendo lo que quería, gracias a él mismo. Resultó que en últimas la plata si le alcanzó para algo. Antes de emprender su peregrinaje a la montaña compartió con Isaac toda la información necesaria para poderle contactar: el sexto kilómetro de la carretera de Pontevedra a García, un giro a la derecha, pasar el riachuelo, subir por la carretera destapada y girar a la izquierda en un altar de la Virgen, continuar por diez minutos y hacer sonar la bocina del automóvil para que él mismo pudiera aparecerse entre los árboles y guiarlos finalmente a la cabaña. En retrospectiva pudo hacer lo que le dio la gana en vida. A pesar

de que Isaac ya era adulto sentía que todavía debía probarse como padre, como un hombre recompensado por el esfuerzo, la constancia y otras virtudes ilusorias.

Isaac le tenía un rencor extraño, no sabía muy bien cómo fundamentarlo, pero le irritaba la tranquilidad con la que su padre habitaba las cosas, creía que esa sencillez se desbloqueaba con alguna obra bondadosa, que esa vida de santo tenía que ser trabajada. De vuelta en la Argentina pudo acabar sus estudios de secundaria, se apuntó para ser músico en una academia. Sus compañeros de conservatorio y de oídos perfectos tenían un juego macabro que consistía en disolver un par de cartones de ácido en alguna bebida para que se divirtiera el azar y escogiera a algún desafortunado. Antes de los recitales, ensayos o alguna sesión con maestros colocaban la bebida y se formaban en un círculo esperando a que, al girar la botella que contenía el brebaje, hiciera de las suyas el destino. Isaac vio como la botella escogió a Maitane, la de la sección de arpa, para ser desocupada en cuestión de instantes: al cabo de unos veinte minutos de la ingesta Maitane trasbocó y permanecería en un trance por algunos días. Al salir interceptó a Isaac en los pasillos de la academia: 'Nos tenemos que casar'. Maitane convenció a Isaac de huir a la notaría más cercana para casarse por lo civil, invocó a las fuerzas místicas del tercer ojo, a su edad joven y a los actos rebeldes de sus ídolos de antaño. 'Es nuestra protesta' como si eso quisiera decir algo. Amparados por la ingenuidad juvenil contrajeron matrimonio entre un juicio de sucesión y una certificación de defunción. Años después recibieron sus

diplomas que los reconocían como músicos, Maitane casada con Isaac y con el bajo, e Isaac casado con la idea de que su juventud había sido una promesa ya cumplida. No había nada más por hacer.

Camino a Pontevedra escucharon que el motor rugía como si anticipara una correa suelta, justo en el vértigo de un desastre. Detuvieron el vehículo en una zanja entre la carretera y el bosque para poder descapotarlo y revisar. El mundo los visitó por los oídos y Maitane pensó en lo agotado que debería estar el ruido, a Isaac le molestaba el cacharreo de las entrañas de la máquina, le molestaba tratar de reparar algo que no tenía claro cómo funcionaba. ¡Carajo! Los pájaros en el baño, ¿dejó abierta la puerta? Quizá lo habían perseguido hasta esa zanja en la mitad del bosque y el murmullo del viento les convenció de emprender el vuelo hasta que no supieran de dónde venían. Las entrañas de la máquina no revelaban mucho: en efecto, había un motor, intestinos de metal, buches de aceite, un par de válvulas, arterias de caucho, y un cerebro de litio. Isaac no sabía cómo se veía un carro sano, pero estaba seguro de que podía morir si no se atendía su malestar, en cualquier momento de la marcha podría escuchar un estruendo en los pistones, en la chatarra de sus adentros, y entonces -por negligencia- habría asesinado al auto. Decidieron esperar a que un automóvil los ayudara, solo algo que pudiera comprender el dolor del metal podría ayudarles con su vehículo. Se hizo de noche, nada pasaba por la carretera. Fue como si los carros hubiesen cobrado vida y entre todos acordaron irse a dormir. En la

madrugada, Isaac y Maitane fueron los únicos despiertos en la Argentina. Antes del alba, Maitane decidió meterle mano a los adentros del automóvil, ajustó unos tubos, apretó unas tuercas y engrasó algunas cintas. Encendieron el motor y siguieron las indicaciones de Stephen. Pasando Pontevedra por el camino a García, cruzando el riachuelo por la destapada y la estatua de la Virgen, el motor se detuvo. No hubo estruendo, ni choque, ni chispas o candela. El motor dejó de funcionar pasando la estatua de la Virgen. Al cabo de unos minutos apareció Stephen portando un bastón de madera. Isaac tardó en reconocerlo y no supo bien porqué se emocionó al verle.

“Este año te toca la navidad a vos”

Después de chatarrizar el vehículo caminaron hasta la cabaña y cansados Isaac y Maitane extendieron unas sábanas en el piso para pasar otra noche en la mitad de la nada. Habían decidido bajar hasta el pueblo al día siguiente y coger el autobús que los llevaría devuelta a la casa, devuelta a la ciudad. Esa noche Maitane se separó de sí, esa noche volvió a su juventud la noche en la que le propuso matrimonio a Isaac, cohabitaba el suelo de la cabaña y el suelo donde había vomitado sus adentros envenenados de ácido y psicoactivos, cuatro ojos distintos se vislumbraban en su cabeza, dos caminos y un solo andar, cuatro ojos que veían a un solo Isaac frente a ella, ¿un camino?

Chiswell los condujo por un sendero de eucaliptos secos que él mismo labró. Maitane miraba al cielo, a los rotos

entre las copas. Isaac miraba a su padre, no supo en qué momento había envejecido tanto, pensó que al dejarlo de ver a diario el tiempo aprovechó esa ausencia para hacer de las suyas. Chiswell miraba al frente, silbaba decidido con las aves mañaneras del bosque. Se soltó un aguacero de gotas gordas, pero Maitane continuaba mirando, buscando la luz, buscando algo que no sabía que habían perdido. Isaac volteó para verla y le siguió la mirada. Las aves de la ducha silbaban con su padre, Isaac y Maitane miraban a sus aves gozando de la ducha grande.

SE ARRIENDA
Columna de opinión, o de lo que usted quiera.
INFORMES
BvB05252007@gmail.com
TEL.: